

## APUNTES EN TORNO AL TOQUE DE DIEGO DEL GASTOR CON MOTIVO DEL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO (1908-2008)

**Autor: Pedro Luis Vázquez García. Antropólogo y escritor.**

Diego Amaya Flores nació circunstancialmente en Arriate y, después de ser bautizado en Ronda, vivió buena parte de su infancia en el Gastor, un pueblo blanco de la serranía gaditana, de donde tomaría su apellido artístico. Y allí vivió hasta que unos años después se trasladó con toda su familia a Morón. Es, por tanto, en Morón, donde crece, donde nace su afición y donde se forja como guitarrista. Es en la ciudad del gallo, pues, donde recibe las primeras clases de Pepe, su hermano mayor, y donde encuentra los primeros maestros que van a influir notablemente en la configuración de su toque. Maestros de una rica tradición guitarrística que partía de José María Álvarez *El Niño de Morón* y que había continuado con Pepe Mesa y con Pepe Naranjo.

Toda una escuela guitarrística de la que Fernando el de Triana ya hablaba en 1935, en su libro *Arte y artistas flamencos*, en estos términos: *“De entre los muchos y notabilísimos discípulos a los que Paco de Lucena enseñó, el que más se le acercó fue, tanto al componer como al ajustar, sin duda alguna, José María Álvarez (Niño de Morón), no profesional.”*

Y en la página siguiente escribe: *“Para finalizar este capítulo (acerca de la guitarra)... diría: que Pepe Naranjo y Olmo, sin ser profesional, es el único en Andalucía que todo cuanto toca – que es mucho- lo ejecuta ajustado a la sublime y delicada escuela de Paco el de Lucena y El Niño de Morón. ¡Oro fino! Todo justo y todo armonioso, sin grandes alardes de ejecución, pero con el sello inconfundible de aquella gloriosa escuela, de la cual es único mantenedor este virtuoso de la guitarra y sin par aficionado a todo lo que sea arte flamenco. Después de todo esto me pregunto yo. ¿Qué tendrá ese pueblo de Morón para este arte? ¡De allí el gran Silverio! ¡De allí el malogrado e inolvidable Niño de Morón! ¡Y de allí el ídolo actual, Pepe Naranjo! Seguramente es que los hijos de ese hermoso pueblo no quieren perder la ruta y siguen, paso a paso, la gloriosa escuela primitiva”.*

Y esta fue la ruta y la escuela que siguió Diego del Gastor como discípulo de Pepe Naranjo que, a su vez, lo había sido de Paco de Lucena. Una escuela de la que aprendió y asimiló algunos de los rasgos y de las características que, poco a poco, habían de configurar su toque. A saber:

- a) La ejecución a cuerda pelá de la mayoría de las falsetas.
- b) El sostenimiento en vibrato de notas largas y profundas que llegan a ocupar hasta todo un compás de  $\frac{3}{4}$  en la soleá.
- c) La forma de separar y enmarcar los compases y, muy especialmente, la manera de rematar las bulerías.
- d) El abundante empleo de los bordones y del alzapúa. Una técnica de la que Diego fue un gran artífice, enlazando el mecanismo ternario en ciclos repetitivos de corcheas por bulerías.
- e) La recreación muy lenta y pausada, como masticando cada nota, del toque por seguiriya y soleá.

Todas estas connotaciones, qué duda cabe, que acabaron impregnando el toque de Diego del Gastor y que lo acabaron envolviendo en un aire distinto. Un aire que se palpa en la armonía que desprende cada toque, en el sabor que impregna la forma de marcar el ritmo y el compás, y en la manera de acometer y de rematar las falsetas. Un toque genuino que acaba finalmente tomando cuerpo en unas cuerdas que suenan distintas porque no buscan mecanismos ni velocidades, sino pellizcos por donde nos llega lo que es sustancial al arte.

De modo que Diego del Gastor no se limitó a continuar con la tradición guitarrística que partía de Paco de Lucena y continuaba con Pepe Naranjo, sino que fue mucho más allá: recreándola, transformándola y enriqueciéndola hasta el punto de crear un toque nuevo con unos sonidos y unos aires distintos a los que le legaron sus mayores.

Un toque en el que más que lo que se toca, lo que importa es el cómo se toca. Porque, a pesar de su indudable originalidad y singularidad, si lo analizamos detenidamente, desde un punto de vista estrictamente musical, comprobaremos cómo se aprecian bastantes correspondencias entre su toque y el de otros guitarristas anteriores. Muchas de las variaciones y falsetas que Diego del Gastor interpretaba por soleá, seguiriya y bulerías, que eran los palos en los que se extendía con mayor profusión y profundidad, son las mismas o bastante similares a las que tocaban o se les atribuyen a Patiño, a Javier Molina, y, especialmente, a Paco de Lucena y a Pepe Naranjo. O bien, eran canciones populares andaluzas, pequeñas piezas clásicas, cuplés o incluso boleros (como *Solamente una vez*) que Diego aflamencaba magistralmente y cuadraba en el compás y el ritmo de las bulerías, haciéndolas suyas y recreándolas con su peculiar estilo. Es el caso, por ejemplo, de una de sus falsetas más conocida por bulerías. Aquella que sirvió de sintonía al programa televisivo *Rito y geografía del cante*, y que algunos años después grabó el grupo Pata Negra en el ya mítico disco del nuevo flamenco *El Blues de la frontera*. Pues esa falseta en sí misma no es más que la recreación de una canción popular andaluza a la que Diego le añadió elementos musicales propios de la guajira, en concreto de la que ya tocaba Manolo de Badajoz a principios de la década de los 30, como muy acertadamente ha señalado el flamencólogo José Manuel Gamboa.

El ejemplo anterior, pues, deja meridianamente claro cómo Diego del Gastor trabajando con formas musicales ya existentes, logró crear, sin embargo, una singular y genuina manera de tocar, de pulsar las cuerdas, de enmarcar los compases, de rematar las falsetas.

Parafraseando un breve poema que intercala Angel Sody de Rivas en su libro *El eco de unos toques*, podríamos sintetizar el toque de Diego del Gastor de la siguiente forma:

Quítale al toque los adornos...,  
las falsetas...,  
los arpeggios...,  
los trémolos y las escalas,  
desnuda la guitarra de filigranas  
y si aún queda algo,  
eso...eso es lo jondo,  
eso es el toque de Diego del Gastor.

Cuando entrevistaban a Diego y le preguntaban sobre los consejos que daba a sus alumnos y a todos los que empezaban el duro y difícil aprendizaje de la guitarra, él respondía sin vacilar: "Les aconsejo que deben estudiar mucho para sacarle sonido al instrumento, pero no demasiadas horas porque si no, se mecanizan. Tienen que vivir también y así sus dedos no irán nunca por delante de su mente ni de su corazón".

Y es que Diego sabía mucho de las soledades y fatigas por las que había tenido que pasar hasta lograr ese sonido de campanas, ese sonido seco y hondo, con sabor a tomillo y romero, a serranía, que él atesoraba en sus manos y que sólo dejaba escapar cuando aparecía el duende. Ese duende del que llegó a decir Manuel Torres, mientras escuchaba el *Nocturno del Generalife* de Falla, tal y como recoge García Lorca en sus memorables páginas: "Todo lo que tiene sonidos negros tiene duende".

Sonidos negros que son el misterio, las raíces, los pellizcos por donde nos llega lo que es esencial en el arte. Por eso, el duende que poseía Diego del Gastor no era otro que el poder de comunicar los sentimientos y la lucha encarnizada que mantenía con su guitarra para arrancarle

sonidos negros, música pura con tan sólo el cuerpo suficiente para mantenerse en el aire y llenar los corazones.

Porque yo entiendo que a quienes les gusta la música de Diego no les importa las facultades, ni la técnica, porque saben que éstas ocupan un lugar secundario. No se dejan, por tanto, deslumbrar por las ráfagas kilométricas de notas que a tantos insensatos ciegan, ni por tantas florituras insulsas de las que tanto se abusa en el toque de guitarra de hoy en día por imperativos de la moda o por motivos comerciales. Lo que les interesa es el hombre desnudo, que se olvida de las facultades y de las seguridades, y lucha encarnizadamente con su guitarra, y a veces incluso contra ella, para sacarle sus mejores sonidos.

No escasean, sin embargo, quienes todavía hoy afirman, tal vez para restarle importancia, que Diego del Gastor fue tan sólo un tocaor menor, un tocaor muy cortito y con una técnica tan elemental y rudimentaria que hoy no pasaría de ser un guitarrista más, un guitarrista del montón, dado el alto nivel técnico existente.

Quienes así opinan, creo que tienen una visión del arte meramente cuantitativa y mecanicista, pues lo juzgan con parámetros de hoy en día y no tienen en cuenta el momento que a Diego le tocó vivir. Es cierto que Diego no era un concertista profesional ni además nunca pretendió serlo (en aquel momento además sólo era concertista Sabicas y un par de guitarristas más) pero sí que disponía de las facultades y técnicas necesarias, precisas y adecuadas para desarrollar su toque. ¿Para qué más? Si tenía un pulgar que era capaz tanto de acariciar tiernamente como de atacar rápida y agresivamente las cuerdas cuando quería martillearnos las culatas de las entrañas; si disponía de un rasgueado redondo y perfecto y de un picao limpio y transparente; y si, además, golpeaba la caja de su sonanta con un compás y un ritmo tan perfectos que no necesitaba ni palmas para que sus bulerías sonaran redondas y armoniosas, ¿para qué quería más facultades ni técnicas?

Todo eso en su mano derecha. Y en la izquierda, unos dedos que pisaban con fuerza, pero con delicadeza, como queriendo exprimir las cuerdas, contagiándolas con su fuerza expresiva y su sensibilidad.

En la mano izquierda, pues, ponía el sentimiento. Y en la derecha: el compás y el ritmo, columnas vertebrales del flamenco.

Con las dos, Diego del Gastor: sonido y duende.

Y también con sus dos prodigiosas manos acompañó a los más grandes cantaores de su tiempo, a Mairena, a Juan Talega, a Perrate, a Joselero, a Fernanda y de Bernarda de Utrera y a muchos más. Porque Diego, al ser un gran enamorado del cante, entendía el arte de acompañar como pocos. Él se sabía supeditado al que cantaba y por eso se limitaba a dar al cantaor los tonos, a marcar el ritmo y a seguirle. Y entre tercio y tercio, le respondía con el sobrio comentario de sus breves y ajustadas falsetas, un comentario exento siempre de esas florituras innecesarias de las que abusan tanto hoy en día esos "virtuosos" que se creen en una sala de conciertos cuando al lado tienen a un cantaor al que ni siquiera escuchan. Diego, sin embargo, cuando acompañaba, no procuraba su lucimiento personal, sino sensibilizar al cantaor, para que éste pudiera echar fuera todo lo que llevara dentro.

Desgraciadamente, a Diego le sorprendió la muerte en pleno proceso creativo, en plena madurez, aunque, afortunadamente para todos, ya había ensanchado y abierto nuevas perspectivas al toque flamenco, integrando sus rasgos más puros y primitivos; ya había recreado un sinfín de temas populares y ya había creado también un buen puñado de variaciones y de falsetas memorables por soleá, seguiriya y bulería, fundamentalmente. Toques por donde discurrían la pena y el dolor, el amor y la muerte, la tragedia y la alegría, todos esos grandes y eternos temas que él supo impregnar de su poderosa y mágica personalidad, con su original forma de interpretar.

¡Qué difícil haber escuchado a Diego tocar dos veces exactamente igual! Siempre alguna falseta nueva, o la misma, pero en un tono o con un ritmo distinto; siempre algún remate

diferente; siempre con esa frescura y originalidad que hacía exclamar a su cuñado Luis Torres "Joselero": "Vivan los que tienen sello propio. Cómo va a ser lo mismo el cobre que el oro"; o bien hacía gritar a la Fernanda de Utrera, con la que formó una de las parejas más inolvidables de la historia del flamenco: "Ni Bethoven, ni sus muertos, tú!". Esa era la manera que tenía ella de expresar su admiración por Diego en ese momento álgido de la fiesta en que todo se transforma y eleva.

Diego del Gastor murió el 7 de julio de 1973, y aunque de su fallecimiento hace ya cerca de 35 años, es evidente que su toque, lejos de caer en el olvido, va ganando enteros con el paso del tiempo. Si el tiempo es quien sitúa a cada artista en el lugar que le corresponde, está claro que el tiempo sigue jugando a su favor, pues cada día que pasa es más reconocido y apreciado, y tiene más seguidores en el mundo de la guitarra flamenca. Y además se ha convertido, casi sin quererlo, junto a algunos de sus admirados coetáneos, como Ramón Montoya, el Niño Ricardo o Sabicas, en uno de los tocaores más influyentes y legendarios de su generación y de la historia reciente del flamenco. Y lo ha conseguido, a pesar de que estuvo marginado voluntariamente de los circuitos comerciales y profesionales del flamenco; a pesar de que casi nunca salió de Morón (salvo esporádicas salidas a Ronda, a Utrera o a Sevilla); y a pesar de que en vida no realizó ninguna grabación discográfica que se pueda considerar como tal, pues la mayoría de sus interpretaciones sólo están registradas en grabaciones caseras de aficionados extranjeros y de contados paisanos que contaban con medios para ello.

De modo que el toque de Diego no es que tenga futuro, es que, me atrevería a decir, que es el futuro. O, al menos, una de las salidas con futuro que tiene ante sí la guitarra flamenca. Pues hoy, tras la rapidísima y meteórica evolución y progreso de la guitarra flamenca de los últimos años, empiezo a observar que tanto aficionados como profesionales empiezan a estar hartos de tanta técnica y de tanta velocidad, de tanto barroquismo vacío, de tantas florituras insulsas, de tanta pérdida de identidad de los toques de los que, a veces, desaparecen hasta la propia cadencia andaluza. Todo lo cual está haciendo que muchos toques se vuelvan irreconocibles incluso para los aficionados más avanzados que en muchas ocasiones no saben identificar qué palos están escuchando, y en otras no logran averiguarlos hasta muchos minutos después de estar escuchándolos.

Y, al mismo tiempo que afloran estos síntomas de cansancio, empiezo a detectar, por otra parte, el interés creciente de muchos flamencos hacia un toque más pausado, más lento, más expresivo, más personal, más emotivo, que llegue más directamente al corazón. En suma, hacia un toque que no es ni más ni menos que el que representa y simboliza, de alguna manera, Diego del Gastor

Y es que su música pura y sencilla como las letras auténticas del flamenco, sigue estando preñada de futuro. Sus sobrinos Paco, Agustín, Dieguito y Juan; los hijos y nietos de sus sobrinos; el guitarrista local Manolo Morilla y otros muchos profesionales y aficionados de Morón y de todo el mundo que aman esta música, atesoran en sus manos, cada uno con su propia sensibilidad y de una forma distinta, los rasgos esenciales de este toque de Morón. Y, entre todos ellos, quiero destacar en este momento a Son de la Frontera por la gran proyección mundial que están dando a su toque. Un grupo flamenco que ya ha sacado a la calle dos CDs que constituyen dos auténticos homenajes, y que además han sido acogidos y recibidos por la crítica y el público de tal manera que el último de ellos, *Cal*, fue nominado a los *Grammy* latinos como mejor álbum flamenco de 2007.

A todos ellos, les cabe, pues, la responsabilidad de conservar, de interpretar y de proyectar hacia el futuro ese toque que ya forma parte del importante patrimonio cultural y artístico de nuestro pueblo, de todos los andaluces y de toda la humanidad. Porque a ese ámbito, al de lo humano universal es al que pertenecen las emociones y los sentimientos que expresaba Diego del Gastor con su guitarra. Y porque la música de Diego está en el aire y no pertenece a nadie. A ninguna familia, a ningún clan, ni a ninguna tribu. Sus únicos dueños son aquellos que tengan la

sensibilidad necesaria para hacerla suya. Sea payo o gitano, japonés o norteamericano. Porque, en definitiva, su música es de todos y para todos.